RECURSOS ESCUELA SABÁTICA
Comentarios de la Lección de Escuela Sabática

II Trimestre de 2012
Evangelismo y testificación

Lección 8
26 de Mayo de 2012

Equipar para el ministerio

Gilberto G. Theiss

Pensamiento clave: "Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" debiera ser nuestra mayor necesidad para la testificación.

Aquél que bebió de la fuente de agua de vida con sed se convertirá a su vez en una fuente más de esa agua. Pero aquél que bebió de la misma fuente sin sed, nada podrá hacer por los demás. Esto es algo común en la vida de los que aún no han entendido, con el corazón, lo que realmente significa el hecho de que Cristo haya muerto por ellos.

Muchas personas son conscientes del plan de redención, conocen los detalles, las principales verdades bíblicas, pero, como *zombies,* no pasan de ser meros autómatas dentro de la iglesia controlados por sus propias fallas, conceptos y emociones distorsionadas, porque no logran sentir la presencia del Espíritu, no son conmovidos por los mensajes, ni se emocionan racionalmente con algunas verdades impresionantes. Estas personas viven entre nosotros, por conveniencia, por el hábito de estar en nuestro ambiente, o incluso porque acompañan a algún ser querido. Estas personas no están dispuestas a hacer ninguna actividad misionera y no están interesadas ni siquiera en ser una ayuda para la iglesia. Están respirando, comiendo divirtiéndose, pero son personas sin vida.

Por otro lado, hay quienes un simple "Jesús te ama" es suficiente para emocionarlo hasta las lágrimas o arrebatarlo de gozo. Impulsados por el amor de Dios y por el regalo de la salvación, muchos son capaces de ofrecer hasta su propia vida para que otros sean alcanzados por el maravilloso evangelio restaurador. Si tú no eres de éstos, comienza a pedir con persistencia que Dios te otorgue esa sensibilidad.

La necesidad de adiestramiento

Mateo 4:19; Marcos 1:17; Mateo 28:19

Todos los que profesan ser cristianos, de algún modo, poseen alguna clase de profesión. Muchos son médicos/as, contadores/as, maestros/as, vendedores/as, albañiles, panaderos/as, conductores/as de autobuses, empresarios/as, etc. Pues bien, cualquiera fuera la profesión de un cristiano, me gustaría que quedara claro que –en rigor de verdad– ninguna de esas funciones es en esencia su verdadera profesión. La verdadera profesión no tiene nada que ver con los trabajos personales de esta vida. La verdadera

profesión de un cristiano es ser ganador de almas, un misionero y un evangelista en las manos de Dios. Esto *no es verso*, quizá nunca antes haya escrito en mi vida algo tan seriamente como lo estoy haciendo ahora. Todos hemos sido llamados por Dios, capacitados por su Santo Espíritu para ser hombres y mujeres pescadores de hombres. Las funciones que podemos cumplir en la vida, médico, contador, maestro, vendedor, albañil, conductor de autobús, panadero, empresario, o cualquier otro trabajo, todo, absolutamente todo, no pasa de ser una mera ocupación en la vida, pues Dios conoce lo que necesitamos comer, vestir, y muchas otras cosas que dependen de recursos financieros, y por ello Él nos concede esas ocupaciones. Pero nuestra verdadera profesión es la de ser misioneros del Reino de Dios aquí en la tierra.

El día en que todos comprendamos este poderoso y significativo hecho, con seguridad, grandes cosas ocurrirán en nuestras vidas y en la vida colectiva de la iglesia. Ahora bien, el próximo paso –en caso de que esto no esté sucediendo– es el de ser capacitados para realizar la obra de Dios de manera poderosa. Respetando los dones concedidos a la iglesia, siendo capacitados por el poder del Espíritu Santo, entrenados por líderes y pastores, haremos –una tras otra– grandes revoluciones en la vida de los que aun no conocen a Cristo. Reflexiona en esto, absorbe esta idea, y presenta esta verdad a los miembros de tu iglesia.

Aprender observando

Mateo 14:13-21; Marcos 6:30-44; Lucas 9:10-17; Juan 6:1-14

Dentro de la temática del aprendizaje, no tenemos modo de obviar el método de la observación. Es mucho más simple y fácil aprender de lo que observamos que hacerlo por los métodos de enseñanza basados en las palabras dichas o escritas. Todo este comentario que realizo semanalmente tiene su debido lugar en el aprendizaje de los que los leen, pero confieso que todos aprenderían mucho más si fueran alumnos en la escuela de la observación.

Jesús enseñaba a los discípulos a través de las palabras, pero además del “Ven y ve”. Los discípulos, más que cualquier otro grupo de personas que alguna vez haya existido sobre la tierra, aprendieron en la mejor escuela misionera. El propio Jesús fue el profesor de las materias cognitivas (conocimiento) y –al mismo tiempo– empíricas (práctica, experimentación). Ellos escucharon de los propios labios de Jesús las más preciosas lecciones acerca de la vida, la verdad y la salvación de las personas. Pero además de escuchar la voz de su Maestro, pudieron contemplar cada clase transmitida también en la vida práctica.

Los líderes y pastores de la iglesia deben comprender la importancia del grandioso hecho de estar al frente para dar el ejemplo. Deben entrenar a la iglesia, capacitarla con esmero y eficiencia pero, al mismo tiempo y en caso de ser necesario, ponerse al frente para mostrar de manera práctica, como hay que hacerlo de manera exacta. Los demás, con atención, deben observar para absorber cada lección transmitida. “Id al mundo” es el imperativo de la misión que se nos otorgó, pero antes, el “Ven y ve”. Se dice que los niños necesitan observar más que escuchar o leer, pero –en rigor de verdad– hasta los adultos necesitan esta clase de metodología. Además, cualquier ser humano aprendería mucho más si pudiera escribir con los ojos y con el corazón.

Aprender haciendo
Mateo 10:1-14; Lucas 10:1-11

Aquellos que trabajan en el área de la informática o con la mecánica de automóviles, ¿qué pasaría en caso de no tener años de experiencia práctica? Y en el caso de buenos abogados, ¿será que hubieran logrado estar tan bien capacitados en su profesión de no ser por tantos años de experiencia práctica? Los ejemplos pueden ser muchos, pero la lección es siempre la misma: aprender haciendo es la mejor metodología de enseñanza. Nada se compara a esta pedagogía. Y en la obra de Dios no es muy diferente. El Señor, consciente de esta necesidad, prepara a hombres y mujeres para ser maestros, de modo que apliquen con seriedad esta simple secuencia de aprendizaje: 1) Transmisión de conocimiento a través de las palabras, dichas o escritas; 2) Transmisión de conocimiento a través de la observación ("Ven y ve"); y 3) Transmisión de conocimiento a través de la práctica. Esta regla es tan eficiente que aun sin maestros, muchos pueden aprender, y en ello terminan siendo sus propios maestros. Podría darles mi propio ejemplo, pues aun cuando logro digitar el texto de este comentario con los diez dedos, sin mirar el teclado, y con gran rapidez y agilidad, debo destacar que jamás fui a una escuela de dactilografía. Hay personas que hablan con fluidez el inglés sin haber ido nunca a una escuela para aprenderlo. Hay otros que son buenos mecánicos o conductores de autobús sin haber tenido nunca un maestro. En cierta ocasión conocí a un joven que era programador de software solicitado en Estados Unidos y Europa, y lo asombroso de esto es que aunque fuera tan bueno en su profesión, jamás se había sentado en el banco de una universidad para aprender. El detalle es que todos estos ejemplos son interesantes desde el punto de vista que, independientemente de haber tenido un maestro o no, se tomaron en serio el aprendizaje, especialmente en lo que respecta a la práctica, aun cuando eso se concretara en soledad. En mi caso, por ejemplo, aprendí a dactilografiar al tacto cuando compré una pequeña y arcaica máquina de escribir y le pedí prestado a un colega un manual de un curso de dactilografía. Con esas dos herramientas en mis manos, comencé a poner en práctica lo escrito en el manual. Nunca asistí a alguna clase para adquirir esa habilidad. Pero más allá de haber tenido un maestro o no, lo relevante fue poner en práctica lo que estaba aprendiendo. Sin práctica, nadie aprende ni se desarrolla en nada. En la obra misionera evangelística no es muy diferente. Dios desea que maduremos en este sentido, concediéndonos sabiduría, agilidad, capacidad y profesionalismo espiritual a través de la enseñanza, la observación, pero esencialmente a través de la práctica.

Aprender de los fracasos
1 Pedro 5:8; Lucas 10:17; Mateo 17:14-20

Mucho más valioso que los resultados es nuestro aprendizaje. Quizá pudiste haber fracasado en lograr los frutos que tanto ansiabas, pero lo más importante es un hecho: las preciosas lecciones que has aprendido con ello. Hay que prestar atención al hecho de que no hay derrota o fracaso en la obra evangelística para los sinceros de corazón. En el peor de los casos, aun cuando tú no hayas dado lo mejor de ti, o no hayas organizado y planificado esa obra misionera evangelística, sólo el reconocimiento y la certeza de que la próxima vez deberemos actuar de manera más sensata, ya se convierte en motivo de satisfacción y victoria, pues hemos aprendido la lección. Una derrota o fracaso, en el corazón de los que desean hacer lo mejor, se vuelve en una herramienta en las manos de

Dios para enseñarnos lecciones preciosísimas que ningún millonario del mundo podría pagar o comprar.

Una de las mejores escuelas de aprendizaje, y que nadie está dispuesto a cursar, es justamente la escuela de los fracasos. Encarar nuestros fracasos no es fácil, pero aprender con ellos es un deber. Nuestra oración debiera ser que Dios nos enseñe las preciosas lecciones de la vida y del ministerio, aun a través de nuestros errores. Elena G. de White afirmó que el Omnipotente hace uso de nuestras propias experiencias para hacernos madurar y transformar el corazón.

Dios no se propone insertar en nuestra estructura psicológica, la madurez, la sabiduría, la eficiencia y la capacitación pues somos hombres y mujeres pensantes, racionales, conscientes, con libre albedrío, solo porque sí. Deben ser marcadas o impresas en nuestra estructura mental por la obra del Espíritu Santo en un aprendizaje basado en el deseo, el esfuerzo, el trabajo y las experiencias diarias personales, y nuestros fracasos terminan siendo las más preciosas lecciones por el hecho de son un impacto doloroso en nuestras vidas. Dios le enseñó a Moisés a ser manso y depender de Él en la escuela del sufrimiento en el desierto. Le enseñó a ser paciente haciéndolo cuidador de ovejas durante cuarenta años. Así como Moisés, aunque de maneras diferentes, pero bajo el mismo principio, Dios anhela fundamentar nuestros aprendizajes, aun cuando esto deba suceder en la escuela del sufrimiento o del fracaso.

Aprender del éxito

2 Pedro 3:9; 1 Corintios 3:6

El éxito de un hombre o mujer en la obra misionera puede ser arma de doble filo. En otras palabras, la posibilidad ser herido con ella es mayor. El éxito misionero puede conducirnos a un mayor aprendizaje, o para desaprender lecciones importantes en la vida espiritual.

Adquirimos un mayor aprendizaje cuando, a través de la práctica, somos ayudados por el Espíritu Santo y, con toda la fuerza de nuestro corazón y conciencia, tenemos profunda convicción que el éxito nos fue otorgado por Dios, y que la gloria de ello le pertenece únicamente a Él, por lo que –como en un juego– estamos aptos para enfrentar una nueva fase en nuestro aprendizaje rumbo a la madurez espiritual. Hay una frase popular que reza: “No nací para el éxito, sino para la fidelidad”. El éxito aquí sugerido es el brillo o la gloria de nuestros actos que en verdad no nos pertenece. La única realidad que debe adjudicarse a nosotros es sólo el reconocimiento de nuestros esfuerzos, aunque debe recordarse que “toda la gloria” pertenece exclusivamente a Dios. Dios ampliará nuestras fronteras de acuerdo con la humildad que adquiramos.

Desaprendemos lecciones cuando, aunque hayamos dado lo mejor de nosotros, y Dios nos haya auxiliado para alcanzar el éxito, por alguna razón nos olvidamos que fue Dios quien nos habilitó, capacitó y nos hizo madurar para alcanzar el éxito. La arrogancia, la soberbia y el orgullo son las más grandes herramientas de Satanás para impedir nuestro progreso en el proceso de capacitación operada por el Espíritu Santo. Si no sabemos encarar nuestros puntos de vista, ejercitando en todo momento la plena convicción de que –por mejores que seamos– no dejamos de ser polvo, y que Dios es quien plenamente nos habilita para ello, fatalmente no duraremos mucho tiempo en la obra de Dios,

o jamás alcanzaremos nuevamente el éxito. Cuanto más arrogantes y orgullosos seamos, mayor será la caída.

Finalizo diciendo que con el éxito podemos aprender a ser cada vez más útiles en las manos de Dios, o en vez de ello podemos asegurarnos no tener nunca más éxito como misionero. Debemos estar atentos, pues nuestras emociones pueden traicionarnos en cualquier momento (Jeremías 17:9).



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática